

# Comentario

*Sara Gordon*

1

4

9

Queremos realizar nuestro comentario desde un punto de vista regional, porque a pesar de las especificidades que caracterizan a los procesos políticos de cada uno de los países, hay numerosos rasgos comunes entre ellos, sobre todo en lo que respecta a las tendencias más generales. Por sus diferencias con el resto de la región, Costa Rica queda en gran medida al margen de estas tendencias.

Dado que hemos centrado nuestro interés en lo regional, nuestros comentarios serán sobre todo de carácter general, referentes a la zona en su conjunto y, en segundo término, de tipo puntual, donde nos centraremos en los casos par-

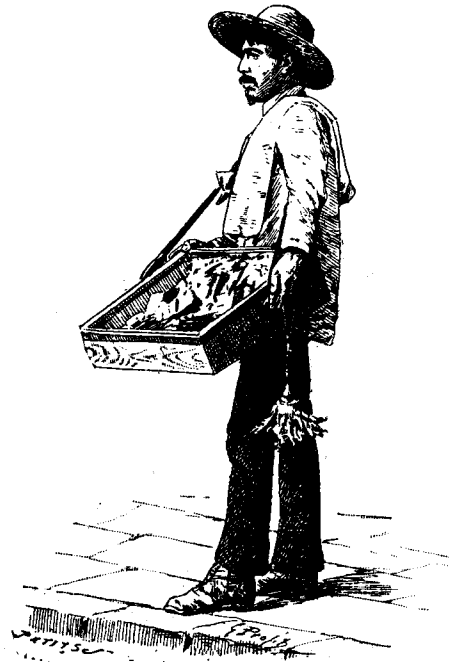
ticulares y cuestionaremos aspectos específicos.

Los procesos electorales centroamericanos cobran en la actualidad especial importancia debido a la crisis política, al papel que se les ha conferido como parte de un tipo de salida a la crisis regional.

Desde principios de los años ochenta, los países centroamericanos emergen como transiciones a regímenes más abiertos a la participación política, que incorporan a fuerzas tradicionalmente excluidas del ejercicio de gobierno, como es el caso de la democracia cristiana, tanto en Guatemala como en El Salvador. Junto con ello se presenta el retiro de las fuerzas armadas de la cúpula del mando



1  
 5  
 0



político, sin que signifique la disminución de su poder en la toma de decisiones. Así lo muestran los casos de Honduras, Guatemala y El Salvador, países en los que las fuerzas armadas juegan un papel preponderante en las decisiones políticas estratégicas, como la decisión misma de ampliar la participación política a través del respeto a los resultados electorales que auspició el alto mando guatemalteco después de los golpes de 1982 y 1983. Estas modificaciones no autorizan, sin embargo, a hablar de transformaciones profundas de la estructura de poder, debido a que el núcleo de esta estructura continúa siendo compartido por reducidos sectores de la burguesía —aunque ahí se encuentren sectores más modernos— y por las fuerzas armadas.

Por otra parte, la influencia que tradicionalmente han tenido los procesos

políticos ocurridos en alguno de los países sobre el resto de la región, se ha visto acentuada a raíz de la crisis que se da en el área hace ya más de una década. Ejemplo ilustrativo de ello es el papel desempeñado por el acuerdo de Esquipulas en la pacificación de la zona, sobre todo en la realización de elecciones en Nicaragua. Las elecciones del 25 de febrero son impensables al margen de las sucesivas negociaciones estimuladas por los países centroamericanos en Esquipulas. Este acuerdo colocó en primer plano la exigencia de democratización como prerequisite para impulsar el desarme de los grupos contrarrevolucionarios nicaragüenses.

Tanto el avance de tendencias en los regímenes políticos que hemos señalado, como la creciente influencia de la presión del conjunto de gobiernos de la zona, indican la importancia que cobran los procesos electorales para Centroamérica en esta década y la necesidad de ubicar el lugar y el papel que ocupan las elecciones en el espectro político del área y en el de cada uno de los países. Entre otras razones, porque en virtud de las elecciones han accedido al gobierno o accederán en breve, partidos opositores en toda el área. Si la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional es ejemplar, su caso no es único en la región. La oposición también triunfó en Guatemala en 1985; en El Salvador y en Honduras en 1989 y en Costa Rica en 1990.

El hecho de que las elecciones en América Central se hayan dado y se sigan dando en el marco de la restricción de canales de expresión y participación política y en el ámbito de la tutela militar, ha implicado que en ellas se diriman al mismo tiempo otros procesos políticos. Por ello, las elecciones no siempre, o no sólo, han sido procedimientos para de-

terminar la sucesión del poder y la representación de ciudadanos, lo cual obliga a redefinir continuamente su papel.

Así el problema en el caso de El Salvador no es que las elecciones, como dice Raúl Benítez, "llegaron para quedarse", debido a que no siempre han jugado el mismo papel, ni su realización ha garantizado la estabilidad política. Antes de la crisis de los años setenta, las elecciones se llevaron a cabo regularmente y coadyuvaron a la legitimación del régimen salvadoreño, pero también contribuyeron a su inestabilidad; los periodos preelectorales eran periodos de apertura a la expresión y participación políticas y, en consecuencia, coyunturas en las que podían desarrollarse las expresiones de descontento popular. Los grandes movimientos sociales de los años sesenta, ocurrieron en épocas preelectorales. No es gratuito que la crisis política más profunda y uno de los procesos de polarización más graves del área hayan ocurrido en un país en que las elecciones se llevaban a cabo regular y puntillosamente cada dos años. Sin embargo, esas contiendas electorales no eran expresión del "alto índice de democracia" existente en El Salvador, como apunta Benítez citando a Seligson, sino una expresión de afirmación ideológica de quienes detentaban el control del poder en este país.

El esclarecimiento del lugar y del papel que ocupan las elecciones en el conjunto de las relaciones políticas de cada uno de los países del área es primordial y no puede ser dejado de lado con el argumento de que las elecciones sólo tienen "una importancia relativa en términos de definición del futuro" como se dice en el trabajo sobre Guatemala y se deja entrever en el de Honduras, desdénando así el análisis del alcance y significado de las elecciones para los

regímenes políticos de esos países. A la realización de elecciones regulares en Guatemala y a la dispersión de los miembros de la clase dominante en diversas agrupaciones políticas, debió el régimen de este país una flexibilidad relativa que lo protegió del estallido cuando la crisis política se agravó y las organizaciones guerrilleras reforzaron su ofensiva militar, a principios de los años ochenta.

Por otra parte, la izquierda ha sido llevada a insertarse en la lucha política electoral, no sólo como producto de la estrategia política norteamericana, sino como expresión de los cambios ocurridos en el área.

Si lo que esperamos de las elecciones es que sean instrumentos de cambio social o tengan un papel semejante al que tienen en los países avanzados, como definición del acceso a la toma de decisiones, eso no va a ocurrir. Pero ello no invalida el hecho de que los procesos electorales tengan una función y un papel que cumplir. En los años ochenta la primera función es sin duda la de legitimación del poder instituido entre un sector importante de la población. Ejemplo elocuente de ello es el salvadoreño. La población acudió a votar en marzo de 1982, a pesar de que la realización de esas elecciones se convirtió en una prueba de fuerza entre la guerrilla y el régimen estatuido y de que esos comicios inclinarían el peso de la balanza en la lucha por la legitimidad en favor de aquél. Un segundo papel de las elecciones es distribuir el poder dentro de la elite de cada uno de los países. Las elecciones son también instrumentos que contribuyen a moldear los términos de las relaciones de los nuevos regímenes.

A pesar de que en los casos guatemalteco, salvadoreño y hondureño, tras la realización de elecciones se halle una decisión o una anuencia de las fuerzas





1

5

2

armadas, ello no implica que todo se encuentre definido de antemano. Prueba de que las elecciones son significativas es que miembros de las fuerzas armadas guatemaltecas están auspiciando la creación de nuevas agrupaciones políticas para competir en las elecciones presidenciales de noviembre de 1990.

En relación con esto, el futuro de Centroamérica se caracterizará por regímenes en los que las fuerzas armadas y en sectores reducidos de la clase dominante harán sentir su influencia ya no a través del gobierno, sino a través del veto. Serán posiblemente regímenes más intermedios por agrupaciones políticas.

En lo que respecta a los aspectos específicos de los países, en el caso nicaragüense habría que tomar en cuenta que la presión armada de la *contra*, el bloqueo económico norteamericano y la acción de Esquipulas condujeron a la revolución nicaragüense a transitar de una lógica de masas, a la lógica de los ciudadanos atomizados, en la que el gobierno sandinista se hallaba en condi-

ciones de debilidad. En relación con este último punto, ¿cómo se articulan los rasgos tradicionales de las sociedades centroamericanas a los mecanismos de la democracia moderna?

Por otra parte, no comparto el optimismo de Vilas respecto a la solidez de la revolución nicaragüense. No cabe duda que el bloqueo económico, el desgaste militar y el hecho de tener que dedicar la mitad del presupuesto a gastos de guerra, hicieron retroceder algunos de los logros alcanzados por la revolución en los primeros años. En la actualidad ¿qué queda de esos logros? Sin duda, la reforma agraria, que en términos generales no parece que vaya a ser desmantelada, pero la alfabetización y la salud, dos campos del bienestar de la población a los que el gobierno sandinista dedicó mucho esfuerzo, sufrieron un gran retroceso debido a la guerra y al caos económico. Ciertamente Nicaragua no volverá a ser la misma que en la era de Somoza, pero ello no garantizará la persistencia de los logros revolucionarios.